



Según datos de la OMS, el mundo gasta anualmente un billón trescientos sesenta mil millones de pesetas en fármacos, de los cuales un 61 por 100 son facturados por 22 multinacionales.

medicamentos, consistente en un pago a la Seguridad Social como contrapartida de su continuidad como cliente mayoritario. Este descuento, que se destinaba tradicionalmente a investigación, es de dos clases: provincial y mensual y anual y nacional. En 1979 debería haber alcanzado, más o menos, los 8.000 millones que las empresas farmacéuticas no han abonado, excusándose en la crisis que remachaba la patronal del subsector, Farmaindustria, al reunir a 400 empresarios el pasado mes de febrero en Madrid para dejar constancia de su situación, que ellos consideraban muy grave. Contaron, claro está, con Televisión Española para poder expresarse y explicarse.

Tampoco merece echar en olvido algo que cada día parece ir quedando más lejano y borroso: los acuerdos entre los partidos y el Gobierno en materia de sanidad. Para empezar, la llamada Empresa Nacional de Sanidad, que vendría a ser una alternativa nacional a la creciente penetración de las multinacionales y mejoraría la investigación y la ra-

cionalización de la producción de medicamentos. La segunda es la facilitación de fármacos directamente de la Seguridad Social a los enfermos, evitando intermediarios y aborrandando así al país una considerable cifra de dinero cada año.

La tendencia privatizante es, precisamente, lo contrario de lo que se dijo y, de momento, el Parlamento debía discutir en este mes de marzo las cuestiones de la salud y en mayo las de la Seguridad Social. Ambas han sido aplazadas; la salud llegará a la Cámara en noviembre, y de la Seguridad Social no se ha vuelto a hablar.

Y así van tirando las cosas con la cachaza y la apacibilidad que nos son naturales. Algún que otro sobresalto, como el de estos días, y los buenos oficios del vuelva usted mañana. Cuando Alfonso Sanjuán quiso ver a Suárez, se le dijo que "el presidente está al corriente y sigue muy de cerca las denuncias de corrupción en la Seguridad Social y en la sanidad nacional". Podemos, pues, descansar tranquilos. ■ R. C.

LOS  
CONTEM  
PORAN  
EOS

## TRABAJO Y DINERO

**S**E dice que el español trabaja poco: es probablemente cierto. El español no puede trabajar porque necesita todo su tiempo para ganar dinero. La sociedad cada día le pide más y más dinero. El país ha pasado de ser un paraíso a ser un infierno fiscal, y el consumismo no ha cesado su actividad coactiva, unida a la política punitiva sobre el ahorro. Para buscar dinero el español necesita desarrollar una gran actividad. El empresario pasa la mayor parte de su día pensando cómo despedir obreros o cómo cobrar más en sus facturas: esta preocupación le deja escaso tiempo para afinar el producto que elabora, para aumentar su productividad. El trabajador desarrolla grandes actividades paralelas: investigar cuánto ganan sus compañeros para presentar agravios comparativos, tratar de esquivar las ofensivas del patrón, estudiar las leyes laborales, reunirse en asambleas, preparar huelgas y tratar de sortear, como puede, las huelgas de los otros. Son las maneras actuales de ganar dinero.

Sería probablemente inolvidable, histórico, un gobernante que lograra establecer en España una relación directa entre trabajo y dinero y una regla de tres en la que a más trabajo correspondiera más dinero. Por ahora hay elaborados dos tesis antagónicas: la de los patronos, que quieren que el obrero trabaje más y gane menos, y que menos obreros produzcan más que más obreros; y la del trabajador, que intenta ganar más trabajando menos. Las dos representan el carácter ensoñador del español. En todo esto está mezclado el concepto de la máquina. Piensa el patrono que con nuevas máquinas automáticas tendría, efectivamente, menos obreros que, ganando menos, aumentarían la producción; el obrero cree que también tiene derecho al usufructo de la máquina, de forma que el trabajo de ésta supla el suyo, pero no su salario. Se lo habían prometido así, y le habían dicho que esa era la futura civilización, llamada del ocio. Pero el ocio no le llega más que en forma de paro. Sucede, al mismo tiempo, que los productos fabricados por más máquinas y menos obreros están resultando caros, y el paro obrero está disminuyendo el mercado de compradores, con lo cual, en lugar de jugar la ley de la oferta y la demanda, que ya no es una ley porque no funciona en ningún lugar del mundo, el producto que no se vende sube su precio para conseguir también otra proporción ensoñadora: ganar más con una venta menor.

Todas estas contradicciones no se están resolviendo. Ni siquiera se pretende verlas. Verlas significaría perder principios adquiridos hace siglos, y el español es tradicionalista. ¿Quién es capaz de demostrar a un patrono que teniendo más empleados producirá más y aumentará el mercado de consumidores? ¿Quién le dirá que pagando mejor obtendrá mejor trabajo? Enseñar lógica es tarea para la que muy pocos están dotados. El empresario prefiere decir que cuantos más obreros pueda despedir, habrá menos paro; porque esa libertad y los beneficios obtenidos le permitirán invertir más, crear nuevas empresas... Pero, ¿quién le puede explicar eso al trabajador? Otro empresario, naturalmente. A condición de que sea ministro y tenga mayoría parlamentaria. Con lo cual las razones dejan de ser necesarias. ■

**POZUELO**